

EL PAPEL DEL ESTADO EN LA CRISIS ECOLÓGICA GLOBAL DE NUESTROS DÍAS¹

Eco-green (Ginebra)

En la actual crisis ecológica global, los Estados-nación se han convertido en un gran problema para la biosfera, como también lo son el desarrollo industrial y el moderno estilo de vida individualista que esos mismos Estados promocionan. Los Estados-nación, además de ser ecológicamente dañinos en su conducta normal, son actualmente a nivel nacional e internacional uno de los impedimentos clave para hallar nuestra salida a la crisis ecológica global. La estructura, los métodos y los significados de los que actualmente disponemos para considerar esta crisis necesitan ser revisados y cambiados a fondo. Pero el proceso de la UNCED² pensado como un paso en la dirección correcta, muestra, sobre todo, lo lejos que estamos todavía de conseguir nuestro propósito.

Veinte años después de la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano, el proceso de la UNCED es, sin duda, el mayor intento internacional de tratar los problemas ecológicos globales de manera integrada. La UNCED de 1992 votará los principios de la Carta de la Tierra, decidirá un plan de acción para tratar algunos de los problemas ecológicos globales más acuciantes (Agenda 21), y posiblemente firmará Convenciones sobre Cambio Climático y Biodiversidad. Estos son los temas tratados actualmente en reuniones preparatorias y encuentros paralelos. Casi todos

los esfuerzos de los gobiernos estatales en materia ambiental convergen actualmente en este proceso de la UNCED. Por tanto, se trata de una apuesta importante para la política de la biosfera, y para todas las especies que habitan este planeta.

Considerando tanto la importancia como la urgencia de la cuestión, se ha hecho un considerable esfuerzo, en particular por parte del Secretariado de la UNCED y el Centro para Nuestro Futuro Común, para asociar a las organizaciones no gubernamentales (ONGs), también llamadas «Sector Independiente», en este intento negociador. Por desgracia, los funcionarios de esos organismos y muchas ONGs conciben este proceso de asociación de manera equivocada ya que su actuación no combate sino que se dirige a reforzar a los Estados y su sistema. Las ONGs están de acuerdo con las posiciones de los Estados o presionan a sus delegados. En cualquier caso, refuerzan este modelo implícito fusión-difusión con los Estados-nación como actor central, incluso aunque muchas de las ONGs no quieran este resultado. Hasta ahora los Estados han sido incapaces de resolver la crisis ecológica global, pero la UNCED los legitima como posibles solucionadores del problema.

Además, la idea de asociar a los sectores no gubernamentales o independientes lleva a una tendencia tecnocrática, basada en la

¹ *Eco Currents*, editado por Ecogreen, 1 Emile-Nicolet, CH-1205 Ginebra, Vol 1, N° 4, Septiembre 1991.

² Conferencia de las Naciones Unidas sobre Ecología y Desarrollo.

idea de que los Estados representan el interés público. Por tanto, se dice que son herramientas neutrales para agregar los intereses individuales. Al aceptar este «modelo norteamericano de democracia», se está diciendo implícitamente que todos los intereses son, por definición, intereses privados, y tienen los mismos derechos de ser considerados por el Estado-nación, considerando, por supuesto, que pueden encontrar suficientes recursos (financieros) para hacer presión sobre el Estado. De esta forma, los intereses de los pueblos indígenas, por ejemplo, reciben el mismo trato que los intereses de una compañía multinacional. Los grupos que defienden los intereses de las minas de uranio, por ejemplo, se declaran actores tan legítimos como los grupos que defienden los intereses de la biosfera. Incluso si suponemos que el Estado-nación agrega perfectamente los intereses de diferentes grupos en una sociedad dada, sigue siendo muy dudoso que los intereses de las sociedades industrializadas sean iguales a los intereses de la biosfera.

Lo cierto es que los Estados-nación en el Norte y en el Sur son, por definición, agencias de desarrollo industrial: desde la Revolución Industrial su principal objetivo ha sido la promoción del desarrollo industrial, del cual a su vez han obtenido los recursos financieros necesarios para su existencia. Esto también es cierto para los sistemas de Estados-nación como la CEE o las Naciones Unidas. Como agencias de desarrollo industrial que buscan riqueza material independientemente de las restricciones ambientales, los Estados procuran, sobre todo y por todos los medios posibles, conseguir y explotar los recursos naturales. Si cooperan entre sí es principalmente para tener un mayor acceso a la explotación de los recursos, y para resolver los obstáculos comunes al desarrollo industrial. Al hacer que los Estados-nación se encarguen de buscar soluciones a la crisis ecológica global, ocurre lógicamente lo que observamos actualmente en el proceso de la UNCED, es decir, la propuesta que les interesa es: ¿cómo mantener el desarrollo industrial en la era de las limitaciones y restricciones ecológicas?

Dentro de este marco de desarrollo industrial en el cual funcionan los Estados-

nación, la biosfera se convierte automáticamente en el «ambiente» del proceso de desarrollo y la «naturaleza» se convierte en unos «recursos naturales» potencialmente explotables. Los recursos naturales pueden y deben ser gestionados preferentemente por el Estado-nación, para que permanezcan explotables largo tiempo. Y el conservacionismo y la ciencia de los ecosistemas están contribuyendo a la búsqueda de esta explotación eficiente. Sin embargo, la actual crisis ecológica global nos enfrenta con los límites físicos del desarrollo industrial, donde una mayor eficiencia no es necesariamente la solución. Antes de eso, también nos enfrenta con los límites de la capacidad de un solo Estado-nación para gestionar los recursos necesarios para su desarrollo industrial. Por tanto los Estados-nación ahora buscan la colaboración para practicar colectivamente la gestión internacional de los recursos dentro del marco tradicional de la ecología conservacionista y la gestión de los ecosistemas. Un siglo de desarrollo industrial, además del agotamiento local de recursos, también ha llevado a una degradación medible de toda la biosfera. Por tanto los Estados-nación también cooperan ahora en la gestión colectiva de los riesgos ambientales globales (como la lluvia ácida, los agujeros en la capa de ozono, el cambio climático, u otros posibles colapsos de la biosfera).

Poner a los Estados-nación a cargo del «tratamiento» de la crisis ecológica global, la gestión internacional de los recursos y del riesgo ambiental son medios inevitables para abordar la crisis global. De hecho los Estados-nación, por su propia naturaleza, no pueden hacer otra cosa. Por tanto hay que reconocer lo que son. Eran agencias que promocionaban activamente el desarrollo industrial, ahora se han convertido cada vez más en organismos que reaccionan para defender un modo de vida fundamentalmente insostenible. Las ONGs deben darse cuenta que al aceptar el modelo de fusión-difusión centrado en el Estado, ellas mismas se están asociando a este desesperado y (esperamos) último intento de esos Estados-nación para sostener el desarrollo industrial y así están ayudando a los Estados a mantenerse en el poder.

Sin duda, las raíces de la actual crisis ecológica global no se encontrarán en el «ambiente», están situadas en el mismo proceso industrial. A excepción de los pueblos indígenas, cada actor individual que trata de «solucionar los problemas ambientales» debe su propia existencia al proceso industrial. Esto incluye tanto a los Estados-nación como a las empresas de negocios y a la industria, a los sindicatos, e incluso a muchas ONGs ambientales y desarrollistas. Todos ellos forman parte del problema, y por tanto deben, de una manera u otra, formar parte de la solución. Reconociendo esto y teniendo en cuenta lo que se ha dicho antes, no hay ningún argumento convincente por el que los Estados-nación, más que cualquier otro actor, tengan una posición central en la solución de la crisis ecológica global. En vez de dar al Estado el papel principal para resolver la crisis y pedir a otros actores no-estatales que contribuyan en el intento, todos los actores importantes deben aprender colectivamente la salida del proceso de desarrollo industrial del cual generalmente forman parte y al que contribuyen sustancialmente.

El proceso de la UNCED de hecho da algunos pasos en esta dirección, abriéndose a las ONGs y a la sociedad civil. Hoy, empero, debemos dar un paso más: necesitamos ir del actual modelo fusión-difusión que domina las relaciones entre las organizaciones estatales y no-gubernamentales, hacia un aprendizaje colectivo, donde los Estados-nación no tengan más poder que cualquier otro actor. El grupo III de la UNCED sobre asuntos legales e institucionales debería desarrollar un marco institucional que lleve a tal proceso colectivo de aprendizaje, donde los Estados no sean más que uno de los socios en un trabajo común para encontrar una salida a la crisis ecológica global. Por desgracia, el proceso de la UNCED, a pesar de que engloba las ONGs, todavía impide este aprendizaje social. Esto se explica porque el enfoque a la crisis global que prevalece, es decir, la gestión de recursos y del riesgo, es etnocéntrico, como si sólo tuviesen que ser consideradas la ciencia, la tecnología, y las prácticas de gestión occidentales. Pero este enfoque etnocéntrico impide el aprendizaje social. Una prueba

de esto se puede encontrar, por ejemplo, en el tono afirmativo, «factual» de todos los documentos de la UNCED.

Se nos dice que la gestión internacional de los recursos ambientales y del riesgo, basada en la ciencia y en la tecnología occidentales, centrada en los Estados-nación y en las agencias de las Naciones Unidas, es necesaria a causa de la urgencia global. Sin embargo, más que la supervivencia de la especie humana y de la biosfera, la cuestión es la supervivencia de esos actores. La Carta de la Tierra de la UNCED debería contener por tanto una declaración de que los Estados nación y algunas agencias de las Naciones Unidas como la FAO, la UNDP, también el Banco Mundial, están entre las principales causas de la crisis ecológica global. La UNCED debe investigar y mostrar paralelamente la existencia de formas de gobierno social ecológicamente más sostenibles y una estrategia para que aprendamos un modo de vida ecológicamente más sostenible.

LOS EJERCITOS Y LA DEGRADACION ECOLOGICA

Las fuerzas armadas mundiales —y las industrias y actividades científicas que dependen de ellas— son la mayor causa individual de degradación ecológica en todo el globo. Sin embargo, las regulaciones ambientales y los acuerdos que son ahora formulados por los Estados-nación, en la UNCED y en otros lugares, raramente se aplican al complejo militar-industrial-científico. Al contrario, al hacerse la crisis ecológica más y más urgente, la crisis también se define en términos de una «amenaza a la seguridad nacional (e individual)». El resultado es que los militares son vistos cada vez más como una solución a la crisis, más que como una de sus mayores causas.

Más aun, la militarización es también —como los Estados-nación, detrás de cuyas «soberanías» los ejércitos esconden sus actividades ecológicamente degradantes— uno de los mayores impedimentos para aprender una salida a la crisis ecológica global. Y lo es a tres niveles simultáneamente: en un nivel material, los ejércitos son los

mayores contaminadores; en un nivel político, son la espina dorsal de los Estados-nación; y en un nivel epistemológico, son la mejor muestra del modo occidental de «relacionarse» con el «ambiente», es decir, la dominación, la explotación y la guerra.

Cuarenta años de Guerra Fría han ayudado a establecer los complejos militares-industriales-científicos en el centro de casi todos los Estados-nación, hasta el extremo que algunos de ellos apenas son algo más que complejos militares-industriales. En este proceso, los ejércitos de todo el mundo han hecho una contribución significativa, todavía difícil de evaluar, a la degradación global de la biosfera. El primer paso debe ser reconocer, documentar y evaluar esto. Un segundo paso debe responsabilizar a los ejércitos del mundo.

Incluso en tiempo de paz y en las operaciones diarias «normales», los militares son los mayores contaminadores de este planeta. La contaminación se incrementa en tiempos de guerra así como en los raros casos en que las tecnologías militares son desmanteladas. Los militares son unos contaminadores «normales» (y consumidores de recursos) comparables a cualquier otra actividad altamente industrial —se calcula que son los responsables de al menos el 10% de la actual contaminación industrial mundial. Los ejércitos son además unos contaminadores particularmente tóxicos. Por ejemplo, el 97% del volumen de residuos nucleares altamente radiactivos es de origen militar.

A diferencia de otras industrias contaminantes, los ejércitos tienen la legitimación única de la «seguridad nacional», que les exime automáticamente del control de la contaminación. En nombre de la seguridad nacional luchan —como hace poco— por el acceso del Estado-nación a los recursos vitales. Eso equivale a una lucha por el privilegio de continuar contaminando la biosfera. Pronto, en nombre de la seguridad nacional, los ejércitos (del Norte) de-

fenderán sus privilegios (de contaminar) contra los llamados refugiados ambientales (y otros desastres ambientales) causados principalmente por las políticas y prácticas de desarrollo ambiental en industrias del Norte. En resumen: en la época de la crisis ecológica global, como antes durante la Guerra Fría, el ejército quiere hacernos creer que, admitiendo algunas responsabilidades, es el más capaz de dirigir los problemas que ha causado.

El eslogan de «seguridad ambiental» se inventó precisamente con este propósito. Este eslogan hace creer a los ciudadanos privilegiados de los países militarizados que, considerando la actual crisis ecológica global, ciudadanos y Estados, al igual que sus ejércitos, están sentados en el mismo barco, y de hecho tienen intereses de seguridad comunes. La ideología de la seguridad ambiental implica que los ciudadanos y el Estado están afectados por la degradación ecológica de forma comparable, lo que desde luego no es el caso.

Y es más. Los ejércitos no solo crean la ilusión de ofrecer una «seguridad ambiental» donde en esencia la única cosa que van a hacer es asegurarse su propia existencia ecológicamente desastrosa, sino que también mantienen la mentalidad que caracteriza la civilización industrial occidental desde sus inicios: la idea de que la «supervivencia» de la civilización sólo se puede conseguir luchando contra el ambiente. Sin embargo, hoy la supervivencia de algunos tipos de civilización depende precisamente de su capacidad de superar esta mentalidad militarista. La desmilitarización total será un primer paso en esta dirección, y además nos puede ayudar a conseguir un tiempo precioso, que necesitamos en el frente de la degradación ecológica global. El proceso de la UNCED podría dar pasos significativos en esta dirección, especialmente si se reconoce que los Estados-nación son ellos mismos grandes problemas ecológicos.